



www.loqueleo.com/es

© Elsa Bornemann

c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-047-3

Depósito legal: M-37. 849-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: octubre de 2019

Más de 17 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

¡Socorro! (12 cuentos para caerse de miedo)

Elsa Bornemann

Ilustración de cubierta de David de las Heras

loqueleg

Prólogo

7

Celebro —con todos mis corazones (el literario y los cinematográficos)— la publicación de este nuevo libro de Elsa Bornemann.

Ella me había prometido escribirlo poco tiempo después que nos conocimos, cuando era apenas una criatura más o menos así de alta y —como a casi todos los niños— le encantaban los cuentos de terror (aunque se cayera de miedo al leerlos o escucharlos...).

A pesar de su corta edad, al enterarse de la tremebunda historia de mi vida E. B. me compadeció y comprendió que lo que yo necesitaba —desesperadamente— era ser amado. Me trató —entonces— del mismo modo que a su familia o a sus compañeros de escuela y yo respondí con profunda lealtad a sus sentimientos: jamás le hice el menor daño.

Un día —en el que me sentía monstruosamente triste— E. B. me prometió, para mimarme, un regalo

hecho por ella, especialmente para mí. «Cuando usted cumpla ciento setenta años y yo sea grande —me dijo—, voy a escribir un libro de cuentos que le va a poner los pelos de punta, querido Frankie», y acarició una de mis repulsivas mejillas, a la par que me dedicaba la mejor de sus sonrisas.

8 Querer a Elsa es fácil. Quererme a mí, no. Por eso valoré tanto su amistad. Hasta que la conocí, no sabía lo que significaba tener un alma amiga. Toda la gente a la que intentaba acercarme huía de mí —despavorida— debido a mi apariencia, ya que —según dicen— soy horrible, y los seres humanos suelen fijarse en esos detalles para querer o no a otro, en vez de tomar en cuenta la fealdad o hermosura de los sentimientos.

Nadie podrá imaginarse mi sufrimiento: ¡es insoportable que a uno le adjudiquen —siempre— el papel del malo de la película!

Seguramente —a esta altura de mi relato— muchos de ustedes estarán pensando que E. B. era una nena horripilante, pesadillesca, y que por eso me aceptaba con tanta naturalidad.

Nada que ver. Todos la encontraban bonita, simpática y despertaba cariño y se lo decían, así como a mí me gritaban cosas irreproducibles y únicamente me ganaba el miedo y el odio de los demás.

Pero para qué recordar —ahora— momentos tristes, si también los he tenido muy felices. Como esos ratos que pasaba en compañía de mi amiguita —por ejemplo— y durante los que yo solía recitarle fragmentos de grandes poetas, que siempre me apasionó la poesía y a ella también.

Me escuchaba —entonces— tan extasiada y me contemplaba con tanto afecto que yo lograba olvidar que era Frankenstein.

Pero lo soy. Y tengo el orgullo de que E. B. me considere su monstruo favorito y de que me haya elegido a mí para escribir este prólogo, entre tantos y tantos monstruos como le tocó conocer en su vida real.

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella. Por eso, cuando recibí el sobre con los originales de estos cuentos y su pedido de que fuera yo quien escribiese la introducción, me alegré doblemente. E. B. había cumplido con su promesa y su libro me llegaba justo para los festejos de mis ciento setenta

primaveras (ya que nací en 1817). También, con el consejo de que no lo leyera antes de dormir, recomendación que —ahora— repito para ustedes, porque lo cierto es que no le hice caso y anduve insomne y con los pelos de punta durante todas las noches que duró mi lectura de *¡Socorro!* (la experiencia fue más inquietante que mirarme en el espejo..).

10

En la carta que me envió adjunta al libro, E. B. me contó que tuvo que armarse de coraje para escribirlo. La pura verdad es que lo hizo muerta de susto, como si hubiera sido aquella nena del pasado la que los creaba, con el corazón encogido y el miedo serpenteándole debajo de la piel.

Al fin, reunió doce —uno para ser leído cada mes del año; uno por mes— porque opina que no es cuestión de exagerar en este asunto de codearse con lo terrorífico... (Y si ella lo dice... Por algo me tenía olvidado durante tanto tiempo, ¿no? Bah, lo que me importa es su confianza..).

Ah, también confió en mí para que le ordenara el material.

Bien. Verán que se me ocurrió dividir *¡Socorro!* en tres partes de cuatro textos cada una, ordena-

dos del siguiente modo: tres cuentos breves más un cuento relativamente largo al final de cada parte, para que resulte un volumen equilibrado en su forma, lo más armónico posible... (justo lo contrario que yo, ¿eh?). Me he referido —somera-mente— a la estructura del libro, puesto que E. B. asegura que estos detalles de «la cocina literaria» suelen interesarle bastante a «sus» lectorcitos.

11

«Sus» lectorcitos... Les confieso que me puse un poco celoso al enterarme de que no solo había escrito el libro para cumplir con la promesa que me había hecho sino —e igual de «especialmente»— para responder —de una buena vez— al reclamo que le venían haciendo ellos desde hace varios años atrás, en el sentido de que escribiera «cuentos de miedo».

Aquí los tienen.

Afirmo que nunca había leído yo historias tan sobrecogedoras.

Son decididamente geniales y están escritas con maestría, lo que demuestra —una vez más— el extraordinario talento de E. B., escritora argentina que asombra mundialmente.

Y que nadie ose decir que mis elogios son desmesurados, no solo porque E. B. merece estos y

muchos más, sino porque siempre se supo que los prologuistas tienen como función hablar maravillas de la obra que presentan y de su autor y no voy a ser yo la excepción a la regla (bastantes problemas me ha traído —ya— el ser excepcional como para que me invente uno nuevo...).

12 Deseo y auguro para ¡*Socorro!* el más impresionante de los éxitos en el mundo de la literatura para jovencitos.

Ya los dejo en la perturbadora compañía de sus relatos y corro a esconderme debajo de la cama, canturreando «Help» —una y otra vez— para espantar los temores (a ustedes puedo revelarles mi nuevo secreto: ¡Me caigo de miedo al recordar estos cuentos!).

Los saluda, muy monstruosamente,

Frankenstein,
Año 1987

Dedicatoria «colectiva»

*A Mariel,
«sobrinhija» compinche
y asustada lectora número
uno de estos cuentos,
de los que —sin embargo—
se animó a pasar a máquina
el primer borrador de sus
originales manuscritos.
Con amor.*

A algunos de mis miedos...

*... y a Joy-Joy —mi loba en miniatura—,
que con sus dos mil centímetros cúbicos de
rulos y ladridos trata de espantarlos...*

Primera parte

Este libro empieza con páginas espantosas, porque comprende los siguientes cuentos:

La del once «jota»

Manos

Los muyins

La casa viva

La del once «jota»

Cuesta creer que una abuela no ame a sus nietos, pero existió la viuda de R., mujer perversa, bruja siglo veinte que solo se alegraba cuando hacía daño. La viuda de R. nunca había querido a ninguno de los tres hijos de su única hija. Y mucho menos los quiso cuando a los pobrecitos les tocó en desgracia ir a vivir con ella, después del accidente que los dejó huérfanos y sin ningún otro pariente en océanos a la redonda.

17

Durante los años que vivieron con ella, la viuda de R. trató a los chicos como si no lo hubieran sido. ¡Ah..., si los había mortificado! Castigos y humillaciones a granel. Sobre todo, a Lilibeth —la más pequeña de los hermanos—, acaso porque era tan dulce y bonita, idéntica a la mamá muerta, a quien la viuda de R. tampoco había querido —por supuesto— porque por algo era perversa, ¿no?

Luis y Leandro no lo habían pasado mejor con su abuela, pero —al menos— sus caritas los habían salvado de padecer una que otra crueldad: no se parecían a la de Lilibeth y —por lo tanto— a la vieja no se le habían transformado en odiados retratos de carne y hueso.

El caso fue que tanto sufrimiento soportaron los tres hermanos por culpa de la abuela que —no bien crecieron y pudieron trabajar— alquilaron un apartamento chiquito y allí se fueron a vivir juntos.

Pasaron algunos años más.

Luis y Leandro se casaron y así fue como Lilibeth se quedó solita en aquel once «J», dos ambientes, teléfono, cocina y baño completos, más balconcito enfrente al jardín trasero del edificio.

Lili era vendedora en una tienda y —a partir del atardecer— estudiaba en una escuela nocturna.

Un viernes a la medianoche —no bien acababa de caer rendida en su cama— se despertó sobresaltada. Una pesadilla que no lograba recordar, acaso. Lo cierto fue que la muchacha empezó a sentir que algo le aspiraba las fuerzas, el aire, la vida.

Esa sensación le duró alrededor de cinco minutos inacabables.

Cuando concluyó, Lilibeth oyó —fugazmente— la voz de la abuela. Y la voz aullaba desde lejos.

—Liilibeeeth... Pronto nos veremos... Liilibeeeth... Liliiii... Liiii... Ag.

La jovencita encendió el velador, la radio y abandonó el lecho. Indudablemente, una ducha tibia y un tazón de leche iban a hacerle muy bien, después de esos momentos de angustia.

19

Y así fue.

Pero —a la mañana siguiente— lo que ella había supuesto una pesadilla más comenzó a prolongarse, aunque ni la misma Lili pudiera sospecharlo todavía. Las voces de Luis y Leandro —a través del teléfono— le anunciaron:

—Esta madrugada falleció la abuela... Nos avisó el encargado del edificio... Sí..., te entendemos... Nosotros tampoco, Lili..., pero... claro..., alguien tiene que hacerse cargo de... Quédate tranquila, nena... Después te vamos a ver... Sí... Bien... Besos, querida.

Luis y Leandro visitaron el once «J» la noche del domingo. Lilibeth los aguardaba ansiosa.

Si bien ninguno de los tres podía sentir dolor por la muerte de la malvada abuela, una emoción rara —mezcla de pena e inquietud a la par— unía

a los hermanos con la misma potencia del amor que se profesaban.

20 —Si estás de acuerdo, nena, Leandro y yo nos vamos a ocupar de vender los muebles y las demás cosas, ¿eh? Ah, pensamos que no te vendrían mal algunos artefactos. Esta semana te los vamos a traer. La abuela se había comprado televisión en color, licuadora, nevera, aspiradora y lavadora ultramodernos, ¿qué te parece? Lilibeth los escuchaba como atontada. Y como atontada recibió —el sábado siguiente— los cinco aparatos domésticos que habían pertenecido a la viuda de R., que en paz descanse. Su herencia visible y tangible. (La *otra* Lili acababa de recibirla también, aunque..., ¿cómo podía darse cuenta?..., ¿Quién hubiera sido capaz de darse cuenta?).

Más de dos meses transcurrieron en los almanaques hasta que la jovencita se decidió a usar esos artefactos que se promocionaban en múltiples propagandas, tan novedosos y sofisticados eran. Un día, superó la desagradable impresión que le causaban al recordarle a la desalmada abuela y —finalmente— empezó con la licuadora. Aquella

mañana de domingo, tanto Lilibeth como su gato se hartaron de bananas con leche.

A partir de entonces comenzó a usar —también— la aspiradora..., enchufó la lujosa nevera con congelador..., hizo instalar el televisor con control remoto y puso en marcha la enorme lavadora. Este aparato era verdaderamente enorme: la chica tuvo que acumular varios kilos de ropa sucia para poder utilizarlo. ¿Para qué habría comprado la abuela semejante armatoste, solitaria como habitaba su casa?

21

A lo largo de algunos días, Lilibeth se fue acostumbrando a manejar todos los electrodomésticos heredados, tal como si hubieran sido suyos desde siempre. El que más le atraía era el televisor en color, claro. Apenas regresaba al apartamento —después de su jornada de trabajo y estudio— lo encendía y miraba programas nocturnos. Habitualmente, se quedaba dormida sin ver los finales. Era entonces el molesto zumbido de las horas sin transmisión el que hacía las veces de despertador a destiempo. En más de una ocasión, Lili se despertaba antes del amanecer a causa del *schschsch* que emitía el televisor, encendido inútilmente.

Una de esas veces —cerca de la madrugada de un sábado como otros— la jovencita tanteó el cubrecama, medio dormida, tratando de ubicar la cajita del mando a distancia que le permitía apagar la televisión sin tener que levantarse.

Al no encontrarlo, se despabiló a medias. La luz platinosa que proyectaba el aparato más su chirriante sonido terminaron por despertarla totalmente. Entonces la vio y un estremecimiento le recorrió el cuerpo: la imagen del rostro de la abuela le sonreía —sin sus dientes— desde la pantalla. Aparecía y desaparecía en una serie de *flashes* que se apagaron —de pronto— tal como el televisor, sin que Lilibeth hubiera —siquiera— rozado el control remoto. A partir de aquel sábado, el espanto se instaló en el once «J» como un huésped favorito.

La pobre chica no se animaba a contarle a nadie lo que le estaba ocurriendo.

—¿Me estaré volviendo loca? —se preguntaba, aterrorizada. Le costaba convencerse de que todos y cada uno de los sucesos que le tocaba padecer estaban formando parte de su realidad cotidiana.

Para aliviar un poquito su callado pánico, Lilibeth decidió anotar en un cuaderno esos hechos que solamente ella conocía, tal como se habían desarrollado desde un principio. Y anotó, entonces, entre muchas otras cosas que...

«La aspiradora no me obedece; es inútil que intente guiarla sobre los pisos en la dirección que deseo... (...) El aparato pone en acción “sus propios planes”, moviéndose hacia donde se le antoja... (...) Antes de ayer, la licuadora se puso en marcha “por su cuenta”, mientras yo colocaba en el vaso unos trozos de zanahoria. Resultado: dos dedos heridos. (...) La nevera me depara horrendas sorpresas. (...) Encuentro largos pelos canosos enrollados en los alimentos, aunque lo peor fue abrir la congeladora y hallar una dentadura postiza. La arrojé a la basura... (...) La desdentada imagen de la abuela continúa apareciendo y desapareciendo —de pronto— en la pantalla del televisor durante los programas nocturnos... (...) Mi gato *Zambri* parece percibir todo (...), se desplaza por el apartamento casi siempre erizado (...). Fija su mirada redondita aquí y allá, como si lograra ver algo que yo no. (...) El único artefacto que funciona normalmente es la lavadora...

(...) Voy a deshacerme de todos los demás malditos aparatos, a venderlos, a regalarlos mañana mismo...

(...) Durante esta siesta dominguera, mientras me dispongo a lavar una montaña de ropa...».

(AQUÍ CONCLUYEN LAS ANOTACIONES DE LIBETH, ABRUPTAMENTE, Y UN TRAZO DE BOLÍGRAFO AZUL SALE COMO UNA SERPENTINA DESDE EL FINAL DE ESA «A» HASTA LLEGAR AL EXTREMO INFERIOR DE LA HOJA).

Tras un día y medio sin noticias de Lili, los hermanos se preocuparon mucho y se dirigieron a su apartamento.

Era el mediodía del martes siguiente a esa «siesta dominguera».

Apenas llegaron, Luis y Leandro se sobresaltaron: algunas vecinas cuchicheaban en el descansillo de la escalera, otra golpeaba la puerta del once «J», mientras que el portero pasaba la mopa una y otra vez.

—No sabemos qué está pasando adentro. La señorita no atiende al teléfono, no responde al timbre ni a los gritos de llamada... Desde ayer que...

Agua jabonosa seguía fluyendo por debajo de la puerta hacia el corredor general, como un río casero.

Dieron parte a la policía. Forzaron la puerta, que estaba bien cerrada desde adentro. Luis y Leandro llamaron a Lili con desesperación. La buscaron con desesperación. Y —con desesperación— comprobaron que la muchacha no estaba allí.

El televisor en funcionamiento —pero extrañamente sin transmisión a pesar de la hora— enervaba con su zumbido.

En la cocina, «la montaña» de ropa sucia junto a la lavadora, en marcha y con la tapa levantada.

Medio enroscado a la paleta del tambor giratorio y medio colgando hacia afuera, un camisón de Lilibeth; única prenda que encontraron allí, además de una pantufla casi deshecha en el fondo del tambor.

El agua jabonosa seguía derramándose y empapando los pisos.

Más tarde, Luis ubicó a *Zambri*, detrás de un cajón de soda y semioculto por una pila de diarios viejos. El animal estaba como petrificado y con la mirada fija en un invisible punto de horror del que nadie logró despegarlo todavía. (Se lo llevó Leandro).

El gato, único testigo.

Pero los gatos no hablan. Y a la policía, las anotaciones del cuaderno de Lilibeth le parecieron las memorias de una loca que «vaya a saberse cómo se las ingenió para desaparecer sin dejar rastro»... «Una loca suelta más»... «La loca del once “J”»... como la apodaron sus vecinos, cuando la revista para la que yo trabajo me envió a hacer esta nota.